

21. LA LUNA: ¿DONCELLA O AMENAZA?

¡Un lugar salvaje, tan sagrado y encantado como nunca antes bajo la luna menguante, visitará una mujer, lamentándose por su demoníaco amante!

Coleridge

La carta dieciocho nos presenta un paisaje desolado, aterrador, terrorífico visto a la oscura luz de la luna (fig. 74). Frente a nosotros, en las sombrías aguas, un cangrejo de río con sus tenazas extendidas parece interceptar nuestro camino. Fuera del agua (quizá un estanque) dos perros ladran furiosos, guardando el acceso a las dos torres de oro que marcan la entrada de la Ciudad Eterna, destino del héroe.

Como en la Estrella, el héroe no aparece en la lámina. Su ego intelectual se halla todavía sumergido, y, si ello es posible, cayó más profundamente en la depresión, pues no aparece ninguna figura humana que le ayude a salir de la oscuridad. Psicológicamente, esto significa que ha perdido el contacto con cualquier aspecto de su propio ser humano. Sumergido ahora en los niveles del reino animal, está tan inmerso en el acuoso inconsciente como lo está el prehistórico cangrejo de río prisionero en el estanque. Ninguna tñano alcanza a prestarle ayuda, ninguna estrella ilumina su cielo. Éste es el momento más negro de su viaje.

Parece que se halla perdido en el inmenso desierto cuyas arenas amarillas se extienden en todas direcciones, donde ni siquiera árboles ni arbustos pueden vivir. Para confirmar lo dicho, dos pequeñísimas plantas doradas aparecen dibujadas a lo lejos, pero no son verdes como aparecerían en la naturaleza, indicando quizá que hay que verlas más simbólica que literalmente. Su color dorado insinúa las doradas flores de la inmortalidad, ese preciado galardón ofrecido tradicionalmente a los héroes de las antiguas mitologías. El hecho de que estas dos plantas existan en realidad o sean solamente una visión nos es inaccesible por el momento. Nuestro héroe no las alcanzará hasta que haya cruzado las aguas y haya pasado entre los dos perros que ladran.

Que se vean dos plantas, dos perros y dos torres, reitera la «pa-ridad» que, como ya hemos observado, marca el advenimiento de nuevos contenidos que surgen por primera vez desde el inconsciente. El territorio que se halla al otro lado del agua es una tierra desconocida, un país inexplorado hasta ahora. Avanzar por este lugar de terrores abismales y de promesas infinitas requiere un gran coraje. Esta transición que ahora debe afrontar el héroe debe pasarla desnudo y solo. Dejando atrás el mundo familiar, debe aventurarse ciegamente y sin seguridad ninguna de llegar a las torres que le hacen señas en lontananza.

El héroe no puede volverse atrás. Expulsado de la torre mundana de las ideas convencionales, despojado de la Estrella, se encuentra entre dos mundos, en una especie de tierra de nadie, sin ningún puente a la vista que haga su travesía más fácil. Es un rechazado de la civilización, esto es, de toda la humanidad. Como un animal, puede someterse a su destino confiando en que su instinto animal le ayudará.

Se necesita coraje y fe para actuar como lo hizo Abraham: alejarse «de tu pueblo, de tus seres queridos, de tu hogar, en busca de la tierra a la que te conduciré» (Gen. 12-1). Nuestro héroe necesita más fe todavía, ya que no puede oír la voz del Señor. Su única esperanza se halla en el enfrentamiento con la oscura luna rodeada por un arco iris, símbolo de esperanza. Como hace la luna al renacer de la oscuridad para brillar de nuevo, va a transformarse a sí mismo para renacer de la noche de terror. Encontramos otros accidentes en el cielo que no son propicios, pues las gotas multicolores que aparecen (a diferencia del maná que caía del cielo a la tierra para alimentar a los habitantes de la torre) se dirigen de la tierra al cielo. Es como si la Diosa Luna, como una madre devoradora, llamara hacia sí toda la energía creativa de la tierra, dejándola desolada y vacía. El héroe se

siente desposeído, hipnotizado por el cangrejo que acecha desde las pantanosas aguas del foso.

Para el héroe, éste es el momento de la verdad, un tiempo de terror y miedo. La experiencia de este momento es conocida para todos aquellos que han hecho el viaje de la autorrealización. Los místicos lo llamaron «la negra noche del alma». En los mitos y leyendas aparece como «el viaje a través del oscuro mar». Es allí donde tradicionalmente el héroe, al igual que Joñas en el vientre de la ballena, tiene que sobrevivir al monstruo que puede devorar su consciencia y retenerlo cautivo. En términos psicológicos, esto simboliza su victoria sobre los aspectos devoradores del inconsciente, los cuales absorberían su consciencia, resultando de ello una psicosis.

En la Luna, la atracción regresiva de la Madre Naturaleza está simbolizada por el cangrejo de río que vive en las profundidades y que anda hacia atrás, por los alaridos de los perros y por la misma luna, los cuales parecen succionar las energías del héroe, dejándole totalmente debilitado para cualquier acción que se proponga.

La Diosa Luna es bruja, y a su vez embruja. Como Luna puede convertir a un ser en «lunático». Al igual que Circe, su magia puede convertir a los hombres en cerdos y, al igual que Medusa, su mirada hipnótica puede paralizar la voluntad.

No debemos olvidar que Artemisa, la benigna diosa luna, es prima y compañera de Mecate, la negra bruja de los caminos cuyos perros salvajes podrían, después de despedazar al héroe, enviarle rabiando y echando espuma por la boca hacia una noche perpetua. Tal enfrentamiento puede significar la muerte espiritual o presagiar el renacimiento. Solamente en las regiones del mayor terror puede encontrarse el tesoro dorado.

El motivo de los perros como guardianes del mundo inferior se conoce desde siempre. La entrada al mundo védico, al reino de Yama, estaba custodiada por dos perros. También en la mitología griega la entrada a las regiones infernales estaba guardada por el can Cerbero, el perro de tres cabezas. Tradicionalmente, el héroe no debe de matar al animal, ha de encontrar otros caminos para llegar a ponerse de cuerdo con su lado instintivo para proseguir en su búsqueda. Orfeo consiguió dormir al can Cerbero con la ayuda de su lira. La Sibila que condujo a Eneas a través del infierno, hizo dormir al perro con una galleta amasada con miel y adormidera. Hércules subyugó a la bestia sólo con sus manos, para después, según cuenta una leyenda, llevarse al can Cerbero de vuelta con él al mundo superior. Psicológicamente, este mito parece decirnos que el héroe (en busca de la individuación) no puede cruzar desde el mundo dirigido por el ego al mundo del sí-mismo inmortal, mientras no haya conquistado su lado instintivo, llevándolo hacia la consciencia. La naturaleza animal del héroe, ignorada o suprimida, podría volverse en contra de él, destrozando la conciencia de su crecimiento. No debe destruir a la bestia, pues va a necesitar su energía y ayuda para moverse hacia adelante, hacia la Ciudad Eterna, cuyas puertas guarda tan celosamente. Sabe que debe hacer algo más que amansar a las bestias; debe hacerse amigo de ellas. Los perros guardianes de Dios no pueden ser engañados. Quizá si consiguiera encontrar una manera de acercarse a ellos, sus ojos brillantes le servirían de guía en la noche oscura hacia las doradas torres.

Mientras nuestro héroe del Tarot se deja atraer por el encanto del paisaje lunar, los alaridos de los perros parecen menos temibles. Quizá estén sólo ladrándole a la luna. Empieza a sentir una simpatía hacia estos dos perros, atrapados, como él mismo, bajo el encanto de la Diosa de la Noche. Ahora sus ladridos no parecen asustarle sino que empiezan a sonar en sus oídos como súplicas en busca de ayuda. Les sucede lo que a él: así como él necesita la ayuda de su lado instintivo para llegar a la meta, a ellos parece faltarles la ayuda de su consciencia superior para verse libres. Descender a la profundidad significa

verse desprovisto de la orientación diurna del tiempo. En esta condición, descrita por algunas culturas primitivas como «pérdida del alma», uno puede ser guiado y finalmente salvado solamente a través del conocimiento instintivo; se encuentra uno degradado a la sabiduría primitiva del cuerpo. Como «el mejor amigo del hombre», el perro simboliza esa sabiduría instintiva en una forma agradable para el hombre.

La idea de que el perro y el hombre poseen una simpatía subconsciente es algo conocido desde antiguo. En La Odisea se nos explica que Ulises tenía un perro llamado Argos, que fue el único ser en el mundo que le reconoció al volver de su largo viaje. Aunque Ulises llegó disfrazado y envejecido, su perro pudo, mediante el olfato, detectar la esencia verdadera de su amo. El perro no puede ser engañado por una persona que suplante a otra; al olfatear todo lo que no pertenece a nuestra naturaleza, nos hace fieles a nosotros mismos, por lo cual, agradecidos, damos un significado nuevo a su «vida de perro».

Como hemos visto, los alquimistas pensaban que era tarea del hombre redimir a la naturaleza. Sentían que la Creación estaba incompleta y que el hombre debía de acabar el trabajo que la naturaleza había dejado a medias. Sentían también que no sólo debían liberar la naturaleza bestial interior, sino también a los animales que se encontraban en la realidad externa, y que esperaban su redención. Para los alquimistas, incluso los objetos inanimados clamaban al hombre que los reconociera y salvara. En las Elegías de Duino, Rilke expresó una idea similar:

«Estas cosas que viven partiendo, comprenden cuándo las alabamos: volando, buscan ser rescatadas a través de algo que hay en nosotros, lo más fugaz de todo.

»Quieren que los cambiemos totalmente, dentro de nuestro corazón invisible en — ¡finalmente!— nosotros mismos, seamos quienes seamos.

«Tierra: ¿es esto lo que quieres, un renacimiento invisible en nosotros? ¿No es tu sueño llegar a ser invisible algún día? ¡Tierra invisible! ¿Cuál es tu voluntad más imperiosa si no la transformación?»¹

Ahora el héroe mira más tranquilamente hacia el cangrejo, al verlo a través de los nuevos ojos de su ser primitivo, nocturno. ¿Esta criatura le impide proseguir su camino o también ella busca redención? A diferencia de la Madre Cangrejo que una vez quiso lanzar a Hércules a las aguas, este cangrejo de río parece estar llegando a la orilla opuesta. El héroe ve a esta criatura como a un ser viajero que busca, como lo hace él mismo, salir del agua y del barro. Siente que el cangrejo de río, cuya armadura le ha protegido de cualquier cambio a través de los siglos, puede estar preparado para abandonar su molesto caparazón y trepar la escala de la evolución, como lo hicieran las otras criaturas.

Pero mientras lo contempla, el héroe se da cuenta de que eso es imposible. El peso de los siglos es demasiado para esta pequeña criatura. El tiempo y también su pesado caparazón lo devuelven hacia atrás, hacia las aguas. Sus pinzas no encontrarán lugar donde posarse sobre la arena. Al observar la incansable lucha del cangrejo, el héroe empezará a sentir simpatía por esta pobre criatura, que, al igual que él mismo, es ambivalente: tiene antenas y brazos, que eleva hacia la Ciudad Eterna, pero a la vez tiene una armadura que se resiste a cualquier cambio.

A diferencia del hombre, cuyo cuerpo está expuesto a los elementos, sujeto a cambios, el cangrejo protege su tierna carne con una armadura tan sólida que su forma permanece intacta desde tiempos prehistóricos. Parece incluso mostrar su esqueleto orgu-llosamente, como si en mudo testimonio quisiera hablarnos de la estructura perdurable que yace bajo toda vida. Al observar este hecho, el héroe siente que es quizá el destino único del cangrejo seguir para siempre atrapado en las guas para dar testimonio a los caminantes como él de que existe una estabilidad básica detrás de toda vida, sin la cual la innovación creativa sería imposible.

Como en respuesta a las meditaciones silenciosas del héroe, la pequeña criatura parece empezar a emitir un brillo incandescente. Prisionero y con sus brillantes colores contra el azul del agua, brilla como un símbolo de trascendencia. El cangrejo, fiel a sí mismo a través de los siglos, aparece ahora ante el héroe como un símbolo de su propia esencia indestructible. A través de la empatía con el cangrejo, empieza a sentirse conectado con su prehistórica sangre fría y con su futuro, como se hará manifiesto en las generaciones futuras. A través de esta criatura de la profundidad, el héroe se sentirá ligado a los inmortales. Ha de hacer acopio de coraje para seguir adelante en su búsqueda, pues sabe que nunca más andará solo: de ahora en adelante, los dioses le acompañarán.

Para los pueblos primitivos, las criaturas de sangre fría simbolizaban a menudo la inmortalidad y eran adorados como dioses. El escarabajo egipcio es un símbolo de ello. Otro ejemplo era la langosta dorada, amuleto de Costa Rica, que vemos en la figura 75. Parece cargada de la misma intensidad numinosa que evoca el cangrejo del Tarot.

El cangrejo, lejos de impedir el camino del héroe, parece aho-

La Luna: /Doncella o amenaza?

Fig. 75 Langosta dorada (Banco Central de Costa Rica, San José, Costa Rica)

ra una roca estable que puede soportar su fe, un apoyo que puede ayudarle a cruzar estas aguas peligrosas. Ve su búsqueda a una nueva luz. Ya no está preocupado solamente por su propia salvación, sino que experimenta su viaje como una misión sagrada, un trabajo asignado por la naturaleza. Ve la evolución del hombre hacia la consciencia como un aspecto inacabado de la creación; algo que la naturaleza dejó para que él lo completara. Su viaje y sus miedos cobran ahora un nuevo significado.

Mientras el héroe medita, el cangrejo sube a la superficie del agua; rígido e inmóvil, ofrece abiertamente su espalda para que la pise, incitándole a continuar avanzando. El héroe empieza a sentirse de alguna manera confirmado. Tiene confianza en que con la ayuda de este antiguo amigo reencontrado puede llegar a la otra orilla, llevando en su corazón el «ansia invisible de renacimiento» que esta criatura y toda la naturaleza añoran.

Ahora ni la oscura luna le da miedo, pues recuerda una leyenda que dice que cada noche la Luna reúne a su alrededor todos los recuerdos desencarnados y los sueños olvidados de la humanidad, guardándolos en su copa de plata hasta el amanecer. La historia continúa diciendo que, al llegar la primera luz, todos estos sueños olvidados y memorias perdidas son devueltos a la tierra en forma de rocío. Mezclados con las *lacrimae lunae*, «las lágrimas de la luna», este rocío alimenta y refresca toda la vida en la tierra. Con la compasiva ayuda de la Diosa Luna, nada de valor se pierde para el hombre.

Visto bajo esta luz, las gotas multicolores no chupan sus energías, sino que ofrecen la esperanza de un nuevo alimento. El collar irisado que enmarca la Luna le recuerda al Loco, cuya cara pensativa parece que se revela oculta en la oscuridad de su disco. Le parece que incluso el Bufón, aquel pequeño amigo de Dios, le está vigilando. Con la ayuda de la dura espalda del cangrejo está a punto de dar el salto hacia la nueva orilla desconocida.

Le ha costado mucho tiempo a nuestro héroe prepararse para esta transición. Cuando nos enfrentamos con esta carta, todos nosotros tenemos la misma dificultad para encontrar el camino que nos lleve a hacerlo. Al principio uno se siente atemorizado, hipnotizado e inmóvil. No puede conectar con ninguna de estas figuras y no se ve manera alguna de cruzar el agua. Como el héroe, uno se siente deprimido y tentado de hacer marcha atrás. Las torres doradas son muy atractivas, uno quiere moverse hacia adelante para descubrir lo que hay tras ellas. No hay vuelta posible. El camino conduce claramente hacia adelante. En algunas barajas de Tarot este camino está dibujado más claramente, definido y limpio, dando la sensación de que otros lo cruzaron ya (fig. 76). Incluso el cangrejo da

menos miedo, no aparece ya acechando desde el fondo del agua con alguna oscura intención, sino que está ganando ya la orilla opuesta. También tiene esta carta otras diferencias significativas: los dos animales que podemos ver en las cartas de Marsella son dos perros, mientras que en el Tarot de Hall uno es un lobo negro y el otro es un perro de pelaje claro; este último incluso lleva collar, indicando que ha sido cuidadosamente domesticado. Parece estar diciéndonos que nuestro camino yace entre estas dos orillas instintivas y que debemos mantener el contacto con la bestia salvaje que llevamos dentro, así como con el animal domesticado, sin identificarnos con ninguno de los dos. Hacer una regresión hacia el nivel del lobo aullador conduce a la locura pero, por otro lado, convertirse en alguien totalmente domesticado, con cadena y collar, podría significar distorsionar y violar nuestro lado instintivo. Solamente manteniéndonos en contacto con ambas tendencias animales podremos avanzar a lo largo del camino.

El motivo de la distinción entre los opuestos se refleja también en las dos torres, pues aquí la de la izquierda está ligeramente coloreada y la de la derecha es oscura. Quizá ésto simbolice la relatividad de todas las oposiciones cuando uno ha conseguido cruzar el agua y enfrentarse a los instintos aulladores. Más allá del camino, Hall dibuja una pequeña figura: parece como si el héroe hubiera conseguido cruzar, se hubiera enfrentado con éxito a los perros, y estuviera ya en el camino. Con gran intención, Hall nos muestra las lágrimas de la luna cayendo hacia la tierra, pues la oscura noche ya pasó. El amanecer se acerca y, en el extremo superior derecho de la carta, la luna-copa aparece en un escudo.

Podríamos decir que la carta de Marsella y la de Hall se complementan mutuamente. En la de Marsella estamos al borde de la «Negra Noche del Alma», y en la carta de Hall la oscuridad queda atrás: hemos cruzado ya. En la carta de Hall, el cangrejo está coloreado de rojo, de manera totalmente realista. A pesar de su antigua armadura se nos muestra como alguien conocido, cuya extraña forma no teme nuestro cuchillo y cuya carne inocente alegra con frecuencia nuestras mesas. La luna de Hall, a su vez, ya no recuerda a Hécate, parece domesticada, incluso benévola.

Por contraste, el cangrejo de la carta de Marsella acecha amenazador desde el agua como un animal mitológico, antiguo como el tiempo. Su hogar es la sucia agua donde seguirá multiplicándose bajo la oscura luna durante las embrujadas horas de la noche. Solamente la baraja de Marsella nos ofrece la desesperanza de la depresión, y al mismo tiempo su carácter numinoso.

Al igual que Artemisa, la Luna de Marsella no comparte sus secretos. De hecho, era tan reacia a que su retrato apareciera en la carta que empezó a desaparecer antes de que el artista pudiera acabar de pintarla. Encuentro muy difícil tratar con ella. Cuando me acerqué a esta carta por primera vez, quedé alucinada. Ninguna investigación sobre cangrejos, perros, torres o lunas me ponía en contacto con ella. Un día, al fin, ignorando las notas y apuntes que había recogido sobre ellos, dejé simplemente que mi imaginación jugara con estos símbolos y salió el siguiente poema:

Es la oscuridad de la luna. Tiempo de misterio, maravilla y terror. Es la hora embrujada en la que Hécate asusta a los caminantes y sus perros vigilan aullando. No se ve ningún dios, ningún ser humano. Estamos perdidos incluso nosotros mismos. En el fondo del agua acecha el cangrejo con sus garfios abiertos. ¿Nos atrevemos a cruzar o esta criatura monstruosa nos dará alcance y nos tirará hacia atrás? La luna nos mira desde arriba, silenciosa. ¿Qué careta lleva? Quizá es la del Loco, pues lleva un collar de colores del arco iris igual que el de nuestro Bufón, recordándonos con ello que la luna tiene relación con el bienestar del hombre. Al amanecer, llorará sus lágrimas, las cuales, con sus poderes mágicos, nutrirán y curarán. La Diosa Luna de la Noche Terrible es también la dispensadora de sueños, la reveladora de los misterios ocultos.

¿El cangrejo es, en realidad, enemigo nuestro? Quizá también él está luchando por alcanzar las distantes torres. ¡Cuanto se parece a aquel esqueleto de la Muerte! Lleva los huesos por fuera, como una armadura que proteja a su carne interna de cualquier cambio. Y ¡con cuánto éxito! Este cangrejo, al igual que el escarabajo egipcio, es una criatura exacta a su abuelo, su bisabuelo, su tatarabuelo, su antepasado de hace diez mil años.

Al igual que el escarabajo, es inmortal. Se puede ver cómo brilla bajo la fosforescencia de la luna. Una revelación... Ahora, el terror se disuelve en dolor, la criatura ya no nos amenaza. Como una mosca inmovilizada en ámbar, yace incrustada contra el agua azul, como lo hiciera el águila en el escudo real, recordándonos al escorpión rampante. Sus garfios se alzan para abrazar a la luna, la siempre cambiante, la que nunca cambia. De pie, saluda al hombre en la Luna. El Loco, l'ami de Dieu, el amigo de Dios y amigo nuestro. Ahora, finalmente, los perros parecen tranquilos. Su sed de sangre será apaciguada por las lágrimas de la luna. El cangrejo ofrece su espalda para que nos apoyemos en ella para dar nuestro paso. Venid, amigos, tomémonos de las manos, tengamos ánimo. Es ahora o nunca. ¡Adelante! ¡Atrevámonos o muramos!

El Loco sonríe ahora desde fuera de la imagen; ha hecho su trabajo. En la oscuridad de la luna, el sol se dispone a salir.

Cito esta imaginación activa tal y como me vino a la mente; de ella salió la totalidad del capítulo. Así como al enfrentarme en mi vida real con una depresión, el intelecto no sirve de nada, tampoco sirve al enfrentarme a la oscuridad de esta carta. Sólo con la visión intuitiva interior puede uno descubrir la iluminación en lo más profundo. Como tan acertadamente dijo Jung: «No se consigue la iluminación por el hecho de imaginar figuras de luz, sino que se consigue al hacer consciente la oscuridad».

Habiendo cruzado las aguas de la Luna, detengámonos un momento para relacionarla con el Emperador y la Fuerza, que son las cartas situadas por encima de ella, en nuestro Mapa de Viaje. Como ya dijimos, el Emperador representa la civilización, el orden del logos que el hombre consigue imponerle a la naturaleza primitiva. La Fuerza representa la cultura, una forma más individual y femenina de tratar con la naturaleza. La Luna representa a la Naturaleza misma, dentro de cuyo aparente caos existe un orden muy diferente de aquel que impone la pauta masculina de las categorías conscientes. Su iluminación difusa nos revela muchos aspectos de la realidad que no son visibles a la luz del sol, de la consciencia. A diferencia del sol, que es brillante, seguro y caliente, la luna es pálida, inconstante y fría. Por ende, con la ayuda de su luz podemos ver sombras hasta ahora desconocidas. Mientras que a la luz del sol los objetos aparecen claramente recortados como entidades separadas y márgenes definidos, bajo el pálido brillo de la luna, estas clasificaciones hechas por el hombre desaparecen, ofreciéndonos una nueva experiencia de nosotros mismos, así como de nuestro mundo. Transformado por la magia de la luna, un arbusto puede convertirse en un oso, un tigre, una roca, una casa o incluso un ser humano. Asusta ver que nuestro mundo compartimentado se disuelve y desaparece bajo el influjo de la luz de la luna; pero tan pronto como nuestro ojo se acostumbra a su luz, ese miedo se convierte en asombro y maravilla. Simbólicamente, así como en la más cruda realidad, la Luna no se revela a la curiosidad intelectual del hombre: mantiene siempre una cara oculta a la visión desde la tierra. Generaciones de hombres quedaron intrigados por su modestia virginal. La figura 77 nos muestra una versión de la Luna del siglo XV. Una figura monacal, quizá un alquimista, con la ayuda de una mujer, trata vanamente de capturar el misterio de la luna con la ayuda de un compás y unas ecuaciones, pero la luna se le escapa. Sigue flotando serenamente sobre las nubes, lejos del alcance de su punzante instrumento y de su intelecto.

En la actualidad, el hombre moderno ha disparado a través de las nubes sus naves espaciales para aterrizar impunemente en la cara oculta de la luna. Vano intento, pues el secreto de su brillo interno aún permanece oculto. Los hombres del espacio no trajeron de allá ningún rayo mágico que iluminara nuestros sueños y maravillara a nuestros niños. No establecieron una nueva colonia para los niños de la luna. La abandonaron, trayendo consigo solamente una bolsa llena de piedras, dejando allá, en la virginal superficie, la huella del hombre moderno... un solar donde aparcar.

No es de extrañar que la Luna ofrezca al hombre solamente su máscara de bruja llena de viruelas y le ofrezca un lugar inhóspito. Tiene razones para negarse a cualquier acercamiento; con razón teme que el hombre envenene su naturaleza, como lo ha hecho desde siempre con la Madre Tierra, explotándola y maltratándola.

La Virgen Luna no se da a ningún hombre. Su esencia es la reflexión. Es importante pensar que el único regalo de valor que el hombre espacial trajo a su regreso a la tierra fue la nueva asombrosa imagen de la Tierra misma, una fotografía pasmosa de nuestro planeta, flotando como un gran globo en los cielos (fig. 78). Un poeta italiano, Guiseppe Ungaretti, grabó esta experiencia brevemente:

¿Qué haces tú, Tierra, en el cielo? Dime, ¿qué haces, Tierra Silenciosa?2